

La renovación de los valores en el capitalismo contemporáneo: ¿un nuevo giro hacia el individualismo?

Albert Muñoz Miralles

*Doctor en Filosofía por la Universitat Jaume I
Colaborador del grupo de investigación "Ética y democracia"
en la Universidad Jaume I de Castellón / España*

albertmumi@yahoo.es

Orcid: 0000-0002-8108-8280

Resumen

La expansión del capitalismo está ligada a la relevancia social alcanzada por un conjunto de valores y pautas de conducta, expresión de una mentalidad característica, que fue modificándose según evolucionaba el sistema económico e institucional. Así, aunque se atribuya su impulso inicial a una acción emprendedora, su consolidación fue posible gracias a la difusión de una ética del trabajo orientada al largo plazo, así como a la capacidad para extender sus beneficios a capas más amplias de la población. Sin embargo, la implantación reciente de un esquema institucional flexible supone un nuevo giro en la evolución capitalista, alentando un ideal humano basado en el emprendimiento que resulta social y éticamente controvertido, erosionando los valores asociados al trabajo.

Palabras clave: capitalismo, mentalidad, valores, ética económica, *ethos*.

The renewal of values in contemporary capitalism: a new turn towards individualism?

Abstract

Expansion of capitalism is linked to the social relevance achieved by a set of values and behavior patterns, which express a characteristic mentality, but which was modified as the economic and institutional system evolved. Thus, although its initial impetus could be attributed to an entrepreneurial action, the dissemination of a work ethic aimed at the long-term, as well as the extension of its benefits to wider sections of population, lead to the strengthening of the system. Nevertheless, the current implementation of a flexible institutional framework represents a new turn in the evolution of capitalism, encouraging an entrepreneurial archetype that is socially and ethically controversial, eroding work values.

Key Words: capitalism, mentality, values, economic ethics, *ethos*.

Le renouvellement des valeurs dans le capitalisme contemporain : un nouveau tournant vers l'individualisme ?

Résumé

L'expansion du capitalisme est liée à la pertinence sociale atteinte par un ensemble de valeurs et de modèles de comportement, expression d'une mentalité caractéristique, qui a changé au fur et à mesure de l'évolution du système économique et institutionnel. Ainsi, bien que son impulsion initiale puisse être attribuée à l'action entrepreneuriale, sa consolidation a été rendue possible par la diffusion d'une éthique du travail à long terme et par la capacité d'étendre ses avantages à de plus larges sections de la population. Cependant, la mise en œuvre récente d'un cadre institutionnel flexible représente un nouveau tournant dans l'évolution capitaliste, encourageant un idéal humain basé sur l'esprit d'entreprise qui est socialement et éthiquement controversé, érodant les valeurs associées au travail.

Mots clés : capitalisme, mentalité, valeurs, éthique économique, *ethos*.

A renovação dos valores no capitalismo contemporâneo: ¿uma nova viragem para o individualismo?

Resumo:

A expansão do capitalismo está ligada à relevância social alcançada por um conjunto de valores e padrões de comportamento, expressão de uma mentalidade característica, que se alterou com a evolução do sistema económico e institucional. Assim, embora o seu impulso inicial possa ser atribuído à ação empresarial, a sua consolidação foi possível graças à difusão de uma ética de trabalho a longo prazo e à capacidade de estender os seus benefícios a camadas mais amplas da população. No entanto, a recente implementação de um quadro institucional flexível representa uma nova reviravolta na evolução capitalista, encorajando um ideal humano baseado no empreendedorismo que é social e eticamente controverso, corroendo os valores associados ao trabalho.

Palavras-chave: capitalismo, mentalidade, valores, ética económica, *ethos*.

1. Introducción.

La actividad de índole económico, como cualquier práctica humana, se lleva a cabo vinculada a un conjunto de valores, que se expresan en los comportamientos de los agentes y en las normas y reglas que la dirigen, contribuyendo a otorgar a un modelo de economía una fisionomía propia.

El ascenso del sistema capitalista en occidente, resultado de un complejo proceso, conllevó la implantación de unos valores y estilos de vida particulares, que estimularon el desarrollo económico y la expansión de la prosperidad, aunque la evolución del propio modelo ha ido acompañada de cambios significativos en la esfera moral e ideológica. El capitalismo se ha revelado como una potente fuerza transformadora de las estructuras político-sociales y de las pautas culturales, apoyándose en unos rasgos conductuales favorables al riesgo, al cambio o a la innovación, así como en una determinada actitud ante los negocios y el trabajo, que se plasmó en un conjunto de hábitos y virtudes profesionales. Aunque su implantación provocó reacciones adversas, debido a las inquietudes políticas y morales que despertaban sus potenciales efectos en la sociedad.

La asimilación de los estilos de vida y de la mentalidad capitalista por capas cada vez más amplias de la población fue imprescindible para asegurar el éxito del propio sistema económico, aunque ello fue posible solo en la medida en que fue adquiriendo una mayor estabilidad y fue mostrándose más inclusivo, haciendo partícipe de sus oportunidades y beneficios a una parte mayor de la sociedad. Sin embargo, en tiempos recientes, se estaría produciendo una reordenación institucional que supondría un retorno hacia una concepción más competitiva de la economía, alejándose, al menos parcialmente, de los mecanismos y principios que otorgaban más garantías y protecciones a los diversos participantes. Se trataba de recuperar el impulso originario del capitalismo, recurriendo a la figura del empresario autónomo y emprendedor, presentado como el modelo de vida adecuado para prosperar en un entorno cambiante. Sin embargo, para la mayoría supone asimilar una situación permanente de precariedad e incertidumbre. De ahí que, nuevamente, los fundamentos morales del capitalismo estén siendo objeto de cuestionamiento.

El objetivo sería, precisamente, esclarecer, siguiendo una perspectiva crítica, cuáles son los ideales de conducta y de vida personal, junto a los modelos de organización social que estaría alentando la reciente evolución capitalista. Para ello se seguirán los siguientes pasos:

En primer lugar, habría que presentar una aproximación a la definición de capitalismo, tratando de identificar unos rasgos elementales, incidiendo en su potencial transformador.

Seguidamente, se abordará la posibilidad de reconocer una mentalidad típicamente capitalista, y su papel en fomento del desarrollo económico, superando las resistencias sociales y las reacciones morales que encontraba.

En el tercer apartado, se ahondará en las características conductuales y morales que alentaron el desarrollo capitalista, resaltando el papel fundamental del emprendedor y la importancia de la consolidación de una ética del trabajo. La evolución del modelo institucional y de la mentalidad asociada se reflejará en el peso relativo que vayan adquiriendo los distintos valores y principios.

Finalmente, se analizará cómo la evolución reciente del capitalismo estaría fomentando, bajo el influjo de ideas neoliberales, una reafirmación de la figura del emprendedor, abordando algunos de los principales desafíos morales que presenta.

2. Capitalismo: una definición problemática.

Aunque es comúnmente asumido que vivimos inmersos en un sistema económico capitalista, no ha llegado a imponerse una definición compartida, debido a la diversidad de perspectivas desde la que se estudia, pero también por la complejidad inherente a los procesos de evolución económica y social, sobre los que habría que inscribir la conformación histórica del capitalismo, distinguiéndose de otras formas de economía.

La actividad económica se inserta en el funcionamiento general de una sociedad determinada, consistiendo, en líneas generales, en las diferentes maneras en las que se producen, circulan y consumen los diversos bienes (Carrier 2005, 2). La evolución económica de una sociedad suele implicar una

superación de las necesidades elementales de subsistencia, una apertura creciente al exterior, o una diversificación e incremento de las demandas de consumo, que requerirá la generalización del uso de instrumentos monetarios¹. De ahí que la búsqueda de ganancia despunte como móvil determinante de la acción económica (Pirenne [1914] 2010; Schumpeter 2015, 235). La extensión de comercio se muestra como un factor clave del desarrollo económico, en la medida en que permite establecer conexiones lejanas, generando vínculos de interdependencia entre diversas regiones mediante la circulación de bienes, capitales, ideas y personas, incitando una modificación de los hábitos y valores sociales, multiplicando las oportunidades para la acción particular, y aumentando la prosperidad (Berstein 2010). De este modo, la difusión de una economía mercantil, asentada sobre el funcionamiento de los mercados, tiende a impulsar transformaciones en las formas de vida y en las relaciones establecidas entre los grupos sociales, provocando habitualmente tensiones en la estructura de la sociedad (Polanyi 2003).

Occidente habría experimentado un complejo proceso de desarrollo económico, social y político, asociado habitualmente a la idea de *modernización*, en el que se habría terminado por establecer un modelo económico capitalista². Sin embargo, su delimitación resulta controvertida. En la línea de Weber, tiende a contemplarse como un proceso de racionalización creciente, que afectaría a todos los ámbitos de la vida (Giddens. 1992, 212-223 y 277-299). Su aplicación al terreno de la acción económica se traduciría en las tentativas de maximización del beneficio mediante la optimización de los recursos y oportunidades. Si bien, el uso del concepto de racionalidad presenta aspectos cuestionables (Sen 1979; Braudel 1984, tomo 2, 501-2). Como también es discutible la atribución de una supremacía excesiva en la dirección de estos procesos al mundo occidental, ya que otras sociedades alcanzaron destacadas cotas de desarrollo económico e institucional, que sólo habrían sido relegadas con la irrupción de la Revolución industrial (Goudy 2005, Braudel 1984)³.

¹El concepto de una economía natural, orientada a la satisfacción de necesidades básicas, con una apertura comercial y una circulación monetaria limitadas, se ha asociado con las formas tradicionales de sociedad (Dobb 1944, 6; Pirenne 1975, 80-81). La oposición a las formas de economía mercantiles se halla habitualmente impregnada de valoración moral, que desconfía de la influencia del comercio sobre las costumbres. Así lo exponía ya Platón en su descripción sobre el origen de la ciudad en *La República*, II, 369b-374d. Aristóteles distinguía entre *oikonomía* y *chrematística*, que obedecían a principios enfrentados: la buena administración doméstica frente al arte adquisitivo, degradado como mero afán lucrativo cuando no se subordina a la primera (Conill 1994, 67 ss.; 2006, 80-90).

²Entre los historiadores no existe consenso a la hora de situar los orígenes del capitalismo en un momento determinado, o sobre si determinadas prácticas económicas del pasado deban ser consideradas como capitalistas.

³Así en diferentes momentos, el Islam, la India, o especialmente China, alcanzaron grados muy avanzados de desarrollo económico y social (Braudel 1984, tomo 3; Goudy 2005).

Mediante la autonomización de la esfera económica respecto de lo político y del conjunto social se habría constituido un tipo particular de sociedad, articulada en torno a los principios que rigen el funcionamiento del mercado (Polanyi 2003, 122, 309; Dumont 1999, 34-35, 49-50, 71 ss.; MacPherson 2005, 163; Conill 1994, 52). El armazón institucional de la sociedad moderna en occidente se constituye sobre vínculos contractuales, establecidos entre individuos reconocidos formalmente como seres libres e iguales, abandonando progresivamente las distinciones jerárquicas (Dumont 1987, 85 ss.). Por tanto, teóricamente, proporcionaría un campo abierto para la movilidad social a través de la competencia económica y el desarrollo profesional.

Pero el funcionamiento de una economía capitalista requiere de la consolidación de un conjunto de instituciones y procedimientos legales que amparen la actividad económica⁴. Resulta esencial el fomento de las libertades económicas -de empresa, de comercio, de trabajo, de contratación, de propiedad y disposición del capital y los medios de producción-, propiciando la participación e interacción de los diversos agentes en un mercado abierto de libre competencia (North y Thomas 1978; Boltanski y Chiapello 2002, 51). Desde una perspectiva liberal se ha podido así enfatizar las vinculaciones entre la prosperidad económica proporcionada por la expansión capitalista y la evolución de los regímenes políticos occidentales, que permitió ampliar el campo de las libertades, afianzando el estado de derecho para transitar hacia formas democráticas (Hayek 2000; Fukuyama 1992; Novak 1995, 2004). Así, el siglo XX pudo imponerse una imagen que asociaba el capitalismo con las libertades y la democracia, contraponiéndolo a los modelos centralizados que se implantaron en los países socialistas (Dobb 1944, 4; Mancha 2021). Sin embargo, el desarrollo económico moderno ha estado marcado por la intervención activa de los Estados, promoviendo monopolios, medidas proteccionistas, o bien a través de la expansión colonialista, o mediante los mecanismos de financiación pública (Dobb 1946, 190 ss.; Pirenne [1914] 2010, 513; Braudel 1984, tomo 2, 272 ss.; Bernstein 2010, 250-251, 277, 296-303, 332, 396).

Para delimitar la comprensión del capitalismo es pertinente atender a la función que desempeña el propio capital. Su introducción en los circuitos de la actividad económica, detectando en cada caso los sectores más propicios para su productividad y, por tanto, para la acumulación, estimula la activación

⁴En general, el funcionamiento del comercio exterior y de los mercados depende de la existencia de una base institucional sólida y fiable (Bernstein 2010, 258).

general de las dinámicas económicas (Braudel 1984, tomo 3, 19, 45, 526; Boltanski y Chiapello 2002, 35)⁵. Así, una empresa capitalista sería aquella que es activada con la inversión de un capital con la expectativa de producir un beneficio, que redundará en una posterior reinversión, impulsando un proceso continuo de renovación de los métodos y formas de producción y distribución de los bienes y servicios sirviéndose de la innovación, mejorando la productividad y extendiendo los beneficios asociados al crecimiento económico que propicia. Por ello, es imprescindible la participación de un sector financiero avanzado. La generalización de ese patrón de actividad económica conformaría, en definitiva, un sistema característico. De ahí que quepa caracterizar el capitalismo como una forma de economía esencialmente dinámica y expansiva (Schumpeter 2015, 168; Novak 2004; Phelps 2017, 37 ss., 65, 153)⁶.

En cambio, los intentos de definir el capitalismo a partir de la motivación lucrativa o de un espíritu característico, resultan más controvertidos (Robertson 1935, 35-36; Dobb 1946, 5 ss.; Braudel 1984, tomo 2, 346-7). Pese a ello, aquí se tratará de resaltar la importancia de los vínculos entre la mentalidad y las formas de actividad económica.

Pero fue quizá la senda crítica abierta por Marx la que ha proporcionado una mayor profundidad en la interpretación del proceso de desarrollo del capitalismo. La clave residiría en la conversión de la fuerza de trabajo en una mercancía más, generalizando la forma del trabajo asalariado, de modo que el proletariado quedaba excluido del control del proceso productivo (Marx [1873] 2010, 96, 129, 205, 287, 317 ss.; Dobb 1946, 7; Giddens 1992, 45, 52, 74-88; Boltanski y Chiapello 2002, 484-485). De ahí, que en esta línea de pensamiento tienda a describirse el sistema capitalista a través de la oposición fundamental entre capital y trabajo, enfatizando sus componentes de dominación, alienación o desigualdad (Rieznik 2007; Piketty 2019). También Braudel incidiría en los fundamentos asimétricos y jerárquicos del capitalismo, para distinguirlo de una economía de mercado caracterizada más bien por la espontaneidad, la regularidad o la transparencia. En cambio, la concentración del capital, de la información y de la influencia implicaría el sometimiento de la dinámica económica al juego de los grandes capitalistas, restringiendo la competencia (Braudel 1984, tomo 2, 393, 501 ss., 524; tomo 3, 19-20, 44; Castaño 1989, 15-16).

⁵Marx planteó la cuestión de la acumulación originaria del capital que habría nutrido el despegue inicial del capitalismo (Marx [1873] 2010; Dobb 1946, p. 177 ss.; Goudy 2005, pp. 150-151).

⁶El proceso de *creación destructiva* caracteriza según Schumpeter a la dinámica capitalista (2015, pp.168-169).

La versatilidad que exhibe el capital, la capacidad de adaptarse a situaciones variadas y cambiantes, impediría que el capitalismo se muestre como una estructura homogénea, evolucionando con el tiempo a través de configuraciones diferentes, mientras influye poderosamente en la transformación de las estructuras sociales y en las formas de vida y pensamiento. De este modo, si en las primeras etapas de su desarrollo adquirió una forma predominantemente mercantil, la acumulación de capital habría impulsado la nueva era industrial, en la cuál el capitalismo alcanzaría su plenitud (Marx [1873]2010; Braudel 1984; Giddens 1992).

En definitiva, aunque no existe un consenso en la delimitación del capitalismo, habría que situarlo en los procesos de evolución económica general, adquiriendo una mayor complejidad e influencia en el funcionamiento de las sociedades.

3. La conformación de la mentalidad capitalista.

Tras haber ensayado una aproximación previa a la noción de capitalismo, y habiendo asumido sus dificultades, corresponde ahora adentrarse en su dimensión moral, para ir esclareciendo cuáles son los principales valores, patrones de actuación y modelos humanos que propone.

La argumentación seguida parte de un supuesto fundamental: toda acción de índole económico, como en general cualquier práctica social, sigue una determinada orientación, incorpora unos valores que le otorgan un sentido definido⁷. Además, cabría añadir que la consolidación de una forma de economía requiere del sostén de una mentalidad vigorosa, capaz de influir en el desarrollo de la acción social. Y a su vez, la expansión de un modelo económico particular propicia la difusión de sus valores y estilos de actuación característicos en la sociedad.

Pero, en este punto, reaparece inevitablemente la discusión acerca de la capacidad del sistema de ideas y valores característico de una sociedad, como Dumont definía a la ideología (1987, 23), para influir en el cambio social. Para Marx, la ideología era el simple reflejo de la situación de dominio de una clase, expresando sus intereses propios. De este modo, la conciencia se encuentra necesariamente determinada

⁷Podría definirse los *valores* como significados compartidos que permiten interpretar la realidad, expresando unas preferencias determinadas acerca de los diferentes bienes (García Marzá 2004, 65).

por el signo de las relaciones sociales (Giddens 1992, 90-95). Sin embargo, quizá cabría reconocer un papel más activo a los valores o las creencias para modelar la dirección de la evolución económica y social, como habrían sugerido Weber o Sombart (Sombart [1913]1972, 353; Pérez Franco 2005, 34, 44, 51; Romero 1987, 12-14; Fukuyama 2015, 66 ss.). De esta manera, se subrayaría la importancia del capital humano en el impulso económico (Novak 1995, 13). En todo caso, la influencia relativa de los hábitos y valores ayudaría a explicar el dispar grado de desarrollo económico de las sociedades (Fukuyama 1992, 306-307). Se trataría, pues, de identificar los valores y orientaciones de acción que forman parte de una mentalidad económica que extiende su influencia al conjunto de la vida social, siguiendo los cambios experimentados en relación con la evolución del capitalismo.

Aunque sea difícil precisar los rasgos y los orígenes de un *espíritu* típicamente capitalista, como ensayaron Sombart ([1913] 1972) y Weber ([1905] 2001), es pertinente incidir en el aliento renovador de las formas de vida y de relación suministrado por el empuje de una ética económica ante un trasfondo tradicionalista (Giddens 1992, 214-215). Aquellas actividades animadas por un propósito lucrativo tendían a ser menospreciadas en una sociedad jerarquizada que concedía una función subordinada a la economía, y en la que los intercambios solían obedecer a los principios de una reciprocidad social inspirada en un espíritu del don y la contraprestación que se extendía sobre una red de vínculos personales (Clavero 1991; Sombart 1972, 20 ss.; Dumont 1999, 13 ss.; Polanyi 2003, 90 ss.; Romero 1987, 17-18, 62). Sin embargo, la evolución económica, propiciada por la expansión comercial, alentaba una transformación de las costumbres y los valores sociales (Sombart 1958). El empuje de nuevos actores sociales, que trataban de mejorar su posición a través de la iniciativa empresarial, manifestaba una actitud inconformista que puede considerarse como un rago representativo de la mentalidad capitalista (Pirenne [1914] 2010, 514)⁸. Aunque no dejaron de surgir reacciones vigorosas ante la influencia creciente del dinero o del lujo, a la larga las nuevas realidades fueron imponiéndose para difundir unos estilos de vida que giraban cada vez más en torno al consumo, el materialismo o la emulación social (Defoe 1729, Vol. II, Cap. 4; Pocock 2008, 225 y 540; Picchio 2003, 7)⁹.

⁸ Así, puede observarse que las minorías religiosas o comunidades de desplazados o de emigrantes tienden a jugar un activo papel económico (Sombart [1913] 1972, 301 ss.; Fukuyama 1992, 306-307; Novak 1995, 5; Bernstein 2010, 48 y 103). Aunque las oportunidades brindadas por la expansión económica fueron también aprovechadas por sectores que ya disfrutaban de una posición aventajada, incrementado así su poder, influencia y riqueza (Braudel 1984, tomo 2, 321 ss; Marx [1872] 2010, 315 ss).

⁹Particularmente sensible era la cuestión de la usura. Pero también en este caso, la realidad de unas transacciones prácticas financieras necesarias para el desarrollo económico, propició que la productividad del capital fuera siendo asimilada, aunque fuera por vías indirectas, tanto por el catolicismo -especialmente por los jesuitas- como -aunque a veces con más reparos- por

Pero la implantación de las nuevas formas económicas no se realizó al margen de la moral. La institucionalización de la práctica empresarial, inspirada por la búsqueda de beneficio monetario, conllevaba no solo la introducción de nuevos procedimientos y técnicas de gestión, implicando también una moralización de la propia actividad. Pues el funcionamiento adecuado de sistemas económicos complejos requiere de la asistencia de determinados mecanismos o recursos morales, como la confianza (García Marzá 2004). En ese sentido, se ha vinculado el desarrollo del capitalismo a la consolidación de un tipo de empresario virtuoso, moralmente consistente, conformando un *ethos* idiosincrásico, que revelaría una disposición crematística singular (Sombart 1972, 113 ss., 163 ss.; Conill 1994, 56; Le Goff 2004, 114 ss; Romero 1987, 35).

Weber halló en la ética calvinista la posible fuente de una actitud novedosa frente al trabajo y la gestión de los negocios, impulsada por un intenso sentido del deber, que imponía una rigurosa disciplina en la organización del tiempo, en el empleo de los recursos y en la ejecución de los diversos desempeños, inspirándose en un sentido vocacional de la profesión (Weber 2001; Giddens 1992, 212 ss.)¹⁰. La búsqueda de una inspiración religiosa específica en la conducta económica, especialmente como generadora del individualismo, ha dado lugar a estudios sugerentes y a vivas controversias (Dumont 1987, 35-71; Robertson 1935; Goudy 2005, 71; Braudel 1984, tomo 2, 128). Aún sin ahondar en estos debates, cabría constatar que las ideas morales -eventualmente vinculadas a creencias de índole religioso- orientan la acción y la composición la biografía personal, pudiendo fomentar determinados hábitos y virtudes que fortalezcan la vida económica de una sociedad¹¹.

El empresario podía afianzar su reputación transmitiendo una imagen de formalidad y honradez, mientras cimentaba un sentido de dignidad personal, mediante el cultivo regular de virtudes como la laboriosidad, la diligencia, el ahorro, la honestidad, la prudencia o la contención (Defoe 1727, Vol I, Cap. 5-6; McCloskey 2015, 221 y 402-403; Novak 1995). De este modo, pudo ir consolidándose un modelo

las iglesias reformadas (Clavero 1991, 77ss., Robertson 1935, 111 ss.; Sombart [1913]1972, 256 ss.; Pirenne [1933]1975, 17-18 y 90-92; Braudel 1984 tomo 2, 488-493).

¹⁰ Pueden hallarse algunos de estos rasgos en otras situaciones en las que se apreciaba un desarrollo de la economía de mercado (Goudy 2005, 77-78, 107, 170).

¹¹ Así las religiones monoteístas no siempre revelan un perfil conservador frente al comercio o a los negocios, ya que el fomento de virtudes como la honradez, la formalidad, la templanza o la prudencia, permite sustentar una ética comercial y económica (Bernstein 2010, 92, 120 y 132; Sombart 1972, 235 ss., 261 ss.; Weber 2001).

ético de conducta profesional, que indicaba cómo desenvolverse en el mundo de los negocios, confiriendo estabilidad y certidumbre a la vida económica.

La extensión de la economía capitalista se habría sustentado así de una ética que no solo legitimaba la acción lucrativa, sino que proponía unos patrones de conducta definidos, e imponía límites a la práctica económica (Boltanski y Chiapello 2002, 42-43)¹². Propició, de este modo, una redefinición de las virtudes y los principios que regían la vida personal y las relaciones sociales, ajustándose a un tipo de sociedad que se articulaba en torno al mercado¹³. La mentalidad capitalista no respondería meramente, por tanto, a principios utilitaristas, alentando un modelo de vida que se consagraba en la actividad profesional (Fukuyama 1992, 314; Phelps 2017, 11, 284-285, 430-43; McCloskey 2015, 175-176, 461 ss.)¹⁴.

Pero la consolidación de esta nueva moralidad económica y profesional requirió de la generalización de actitud más favorable hacia el trabajo y los negocios (Hischmann 2014, 33; Novak 1983, 1992; Braudel 1984, tomo 2, 438; Boltanski y Chiapello 2002, 49; Sennett 2003, 68-69)¹⁵, reveladora de un cambio más amplio de mentalidad asociado con los procesos de modernización¹⁶. La mentalidad burguesa, de raigambre urbana, abraza una concepción dinámica de la realidad que, animada por un espíritu pragmático y operativo, se trasluce en una actitud favorable al cambio, a la innovación en los distintos ámbitos -de ahí el impulso decidido a la ciencia y a la técnica (Boltanski y Chiapello 2002, 57-58)-, asumiendo la idea de progreso en el devenir histórico, o promoviendo la movilidad social y la renovación de las formas de relación y de pensamiento (Romero 1987, 26 ss., 52-53, 79 ss.; Bell 1981, 62). En el terreno económico, se hace patente esta disposición activa a través del emprendimiento y la multiplicación de iniciativas, explorando las múltiples oportunidades que se abren en el horizonte. Desafiaría así la

¹²No hay que entender que se trate de un mero reflejo de la práctica comercial habitual (Defoe, 1727, Vol. I, Cap. 3), sino de los principios regulativos que habrían de orientar las conductas y relaciones en este ámbito de la experiencia.

¹³En cambio, el modo de vida señorial, con su incitación al exceso y su elogio de la ociosidad, pasaba a ser denostado como parasitario. También se perseguía la vagancia entre las clases bajas (Polanyi 2003, 156 ss.; Sennett 2003, 116-118).

¹⁴Tanto Sombart como Weber ofrecen una visión pesimista sobre la evolución de la mentalidad capitalista, que experimentaría un desgaste de los valores burgueses originarios que abrió el camino a una búsqueda más descarnada del éxito y la ganancia económica (Sombart [1913]1972, 163-194; Weber [1905] 2001, 232 ss.).

¹⁵Así el avance económico de Inglaterra favorecido por un mayor reconocimiento social de las actividades comerciales (Defoe 1727, Vol I, Cap. 22).

¹⁶Un aspecto definitorio de la mentalidad moderna es la preferencia exhibida por la riqueza de tipo mobiliario, en detrimento del tradicional apego a la tierra (Dumont 1999, 16 y 134; Giddens 1992, 71).

concepción estacionaria de la economía, para convertirla en fuente de prosperidad continua y expansiva (Novak 2004, 807-808; Phelps 2017, 48, 430-431)¹⁷.

La extensión moderna de las libertades políticas y civiles componía un escenario más propicio para la autonomía personal, que podía expresarse a través de la iniciativa empresarial (Novak 1983). El auge de una ideología individualista incitaba a franquear las restricciones institucionales tradicionales, legitimando la primacía que adquiriría la esfera económica (Dumont 1999, 135; 1987, 26). De ahí que la sociedad pudiera llegar a concebirse como un agregado de propietarios independientes que establecen relaciones libres de intercambio (McPherson 2005). El modelo contractualista proporcionaba la justificación teórica para la sociedad política fundada sobre unos derechos individuales previos. Pero siguiendo esta vía, la sociabilidad humana natural podía quedar en entredicho, nutriendo una antropología parcialmente sombría que enfatiza los rasgos egoístas y competitivos (Muñoz 2019). De este modo, se difundía una interpretación pretendidamente realista sobre el comportamiento social, que obedecería a la prosecución de un auto-interés que cada vez más se entendía como beneficio económico (Hirschmann 2014). Así, Mandeville ([1729] 1982) pudo sugerir que la moralidad quizá no fuera más que un elegante encubrimiento convencional de unas pasiones menos decorosas, pero que al fin al cabo eran las impulsoras de la prosperidad social. Parecería, por tanto, que el fomento la virtud fuera incompatible con una sociedad altamente condicionada por la esfera económica (Picchio 2003, 5-6).

Si bien, el auge de la economía mercantil alentó ideas más optimistas acerca del progreso social. Adam Smith entendía que la sociabilidad podía también edificarse sobre una tendencia natural al intercambio, propiciando que los sujetos económicos alcanzaran un beneficio mutuo (Smith 2017; Pocock 2008, 536; Conill 2004, 99 ss.). Así podían ensalzarse los efectos benéficos de la expansión del comercio para la convivencia general, ya que promovería formas de interacción más pacíficas y civilizadas, encauzando las pasiones humanas hacia formas de competitividad más inocuas que las contiendas aristocráticas por el honor o el prestigio o que las disputas políticas o nacionales (Hirschman 2014, 70-87; Fukuyama 1992, 374 ss.). Si los seres humanos manifiestan invariablemente una disposición a la competencia con sus semejantes para mostrar su valía (Huizinga 2008, 67 ss.; Fukuyama 1992, 292; 2015,

¹⁷La revolución industrial podría interpretarse como resultado de la consolidación social alcanzada por las ideas, hábitos y virtudes burguesas, propiciando una dignificación de las actividades económicas y la extensión una opinión pública favorable a la inventiva y el emprendimiento (McCloskey 2011).

128 ss.), facilitar su despliegue en un terreno económico resultaría socialmente provechoso. Cabe así contemplar la actividad económica como un juego competitivo alentado por la emulación, más allá del mero interés crematístico. Sin embargo, su extensión a otras esferas de la vida social plantearía diversos problemas éticos, especialmente en tanto convierta al éxito en la medida cardinal del valor humano (Knight 1933; Sombart 1972, 184).

En la teoría económica la figura del *homo economicus* representaba el comportamiento hipotético de un agente auto-interesado y racional que persigue la maximización de la utilidad en un escenario social competitivo. Sin embargo, suponía una descripción altamente restrictiva no solo de la realidad humana, sino de la misma dinámica económica, que discurre bajo la influencia de ideas morales (Sen 1977, Conill 2004, 115-117; Fukuyama 2015, 133). La equiparación de la sociedad al mercado competitivo y la identificación de la persona con un agente económico racional, podía comprometer los fundamentos políticos y morales del capitalismo, cuestionándose su modelo de justicia social. Si bien, la evolución del sistema capitalista y de las formas de legitimación asociadas permitió alcanzar cierto grado de equilibrio, que en tiempos más recientes habría sido nuevamente cuestionado (Boltanski y Chiapello 2002, 59, 106 ss.). El buen funcionamiento de la economía requiere, en todo caso, del fortalecimiento de una serie de virtudes y hábitos, y del compromiso con unos principios que trasciendan la mera eficiencia. De ahí el importante papel que, en la sociedad contemporánea, ha de desempeñar una ética económica y empresarial aportando orientaciones y criterios valorativos para la acción (Cortina 1994, Cap. 4; García Marzá 2004, 19 ss.).

Aunque resulte controvertido precisar los rasgos de una moralidad específicamente capitalista, cabría reconocer que la evolución económica moderna reposa sobre unos fundamentos ideológicos y morales, que superando las resistencias procedentes de una concepción tradicionalista, consiguió difundir una percepción más favorable al emprendimiento y al trabajo, estableciendo las normas y principios que debieran regir la conducta de los agentes económicos. De este modo, quedarían asentadas las bases para una moral de los negocios y para una ética profesional, aunque la extensión de sus principios al conjunto de la sociedad seguiría revelándose problemática, debido a los desequilibrios y asimetrías que provocaba la expansión del capitalismo.

4. La evolución del capitalismo en el siglo XX: hacia un modelo más integrador.

El éxito del capitalismo moderno, convertido en el sistema económico dominante, capaz de modelar en gran medida la articulación de las sociedades y de su estructura política, habría propiciado también una amplia difusión de los valores, patrones de acción y modelos de vida que animan su funcionamiento. La extensión de los beneficios materiales del desarrollo económico a capas más amplias de la población, junto a las oportunidades de ascenso social que ofrece una economía abierta, no solo suscitó una mayor aceptación del funcionamiento del sistema capitalista, sino la adopción generalizada de los estilos de vida que propicia, así como la asimilación de su mentalidad y aspiraciones características. No obstante, la expansión del capitalismo ha sido, y sigue siendo, un proceso marcadamente conflictivo, debido a las situaciones de desigualdad, explotación, o alienación que tiende a producir (Rieznik 2007; Piketty 2019). De ahí que la dimensión ideológica resulte fundamental para asegurar el compromiso de los participantes. Ya que el *espíritu del capitalismo* sería precisamente, según Boltanski y Chiapello, el “conjunto de creencias asociadas al orden capitalista que contribuyen a justificar dicho orden y a mantener, legitimándolos, los modos de acción y las disposiciones que son coherentes con él” (2002, 46). El sostenimiento de un determinado modelo económico requiere, por tanto, de un adecuado respaldo ideológico, de una aceptación social suficiente, de modo que los afectados se adhieran a los principios, valores, y modos de acción que profesa.

La evolución experimentada por el capitalismo, debida a su dinamismo inherente o inducida por la acción política, dirigida a corregir las deficiencias del mercado o para lograr una mayor justicia social, se tradujo también en cambios en el orden de los valores y modos de acción dominantes, renovando la mentalidad capitalista (Boltanski y Chiapello 2002, 33).

El capitalismo fomentaría, así pues, unos determinados patrones de conducta, que encajan mejor con unos tipos de personalidad concretos, por lo que podría hablarse de ciertos rasgos psicológicos propicios (Sombart [1913]1972, 197 ss.). Pero tales caracteres pueden adquirir, en determinados momentos, una función ejemplar, actuando como modelos humanos que indican el camino ideal a seguir para los miembros de una sociedad. Tarea que puede servirse de determinadas suposiciones acerca de la naturaleza humana (Muñoz 2019). Si bien, esos modelos no actúan de manera uniforme, ya que el sistema

económico plantea funciones diferentes a los participantes, sustenta diferencias sociales, y va adquiriendo fisionomías variadas según los contextos.

Así, desde sus orígenes, la dinámica capitalista se ha visto alimentada por un espíritu netamente emprendedor, revelando ciertos rasgos considerados parte del carácter típico del empresario: iniciativa, liderazgo, resolución, perseverancia, ingenio, o creatividad (Sombart [1913]1972, 207-208; Novak 1995, 434-435; Boltanski y Chiapello 2002, 57; Phelps 2017, 48-49). Es decir, revela una actitud inconformista respecto a la realidad tal y como se le presenta, buscando dejar su impronta en ella mediante la actividad económica. El predominio de una ideología capitalista llegaría a convertir esas cualidades en virtudes, y a ese tipo de carácter en ideal social, confiriéndole un revestimiento moral. Si bien, en principio, alentaría precisamente a aquellos que muestran un papel más activo en el juego económico: los inversores, innovadores o emprendedores. Este ímpetu audaz e innovador despuntó durante el capitalismo incipiente (Sombart 1972, 201), y conformó el *primer espíritu del capitalismo*, impulsando el proceso industrializador (Boltanski y Chiapello 2002, 57). Pero, la necesidad de alcanzar una mayor estabilidad y aceptación social alentaba la promoción de las virtudes típicamente burguesas que conformaban una ética de trabajo susceptible de ser extensible más allá del círculo de los empresarios o directivos, modelando las aspiraciones y comportamientos de los sectores profesionales y de amplios grupos de asalariados. Fue asimilándose así la idea de que mediante el trabajo duro y el ahorro se podía prosperar y asentar una posición respetable en el entramado social (Sennett 1970, 50; Sennett y Cobb 1977, Cap. 2; Bell 1981, 67; Muñoz 2021, 89-90).

La evolución del capitalismo durante el siglo XX propició el establecimiento de un modelo más estable e inclusivo, sostenido por unas organizaciones altamente consistentes y eficaces, que se estructuraban según principios jerárquicos y burocráticos, y que en el nivel industrial implementaron el sistema fordista de producción en serie (Muñoz 2021, 79). Según Boltanski y Chiapello (2002, 58-59), correspondería a la hegemonía del *segundo espíritu* del capitalismo. Se trataría de una fase del desarrollo capitalista en la que se alcanzó una notable convergencia entre los intereses lucrativos del capital y las demandas de justicia social, propiciando la implantación de un modelo de economía social que en muchos países se realizó en el Estado del Bienestar, extendiendo los beneficios del sistema a la mayor parte de la población. De modo que, pese a la persistencia de conflictos y de la exclusión de ciertos grupos sociales,

en general los trabajadores pudieron percibirse como parte integrante del mismo (Boltanski y Chiapello 2002, 135-139; Sennett 2006, 25 ss.; Muñoz 2022, 16).

Las corporaciones empresariales proporcionaban la posibilidad de desarrollar una carrera laboral completa, promoviendo entre sus empleados valores institucionales como el mérito, la lealtad o el compromiso. El trabajo, de esta manera, se afianzaba como el fundamento principal para la obtención de respeto y como el soporte sobre el que se estructuraba la identidad (Sennett 2003, 116; 2006; Muñoz 2021, 36-37, 59 y 103; 2022). En este contexto, se promovía, por tanto, una mayor apreciación del capital humano, que suponía un reconocimiento de la aportación de los diversos participantes para el desarrollo económico, resaltando una percepción cooperativa del proceso productivo que potenciaba los valores ligados al trabajo, atenuando el individualismo competitivo asociado a la dinámica capitalista (Cortina 1994, 43; 2003; Muñoz 2021, 65). Pudo asentarse, en definitiva, una concepción ética que fomentaba la integración del individuo, como trabajador, en unidades más amplias, ofreciendo sentido a la elaboración de la biografía personal (Muñoz 2021, 89-91).

Sin embargo, el marco institucional establecido tras la segunda guerra mundial también despertaba dudas e inquietudes que, no solo eran de índole puramente económico o técnico, apuntando al núcleo moral de la dinámica económica y social generada por la evolución del capitalismo. Así Bell (1981) denunciaba que la tendencia hacia un modelo económico orientado hacia el consumo masivo, estimulado por la extensión del crédito, alentaba la difusión de una cultura materialista, hedonista e individualista, provocando un agotamiento de las virtudes burguesas, como el ahorro y el esfuerzo, que nutrieron el impulso originario del capitalismo¹⁸. Aunque también seguían emergiendo aquellas críticas que, desde una perspectiva heredera del marxismo, incidía en los elementos de explotación o desigualdad, que podía convivir con un descontento de índole cultural (Boltanski y Chiapello 2002, 241 ss.). Por otro lado, con el tiempo se iban haciendo mas evidentes las limitaciones del sistema productivo fordista, cuya preferencia por la estabilidad y la seguridad implicaba cierta inhibición del ímpetu emprendedor, imprescindible para activar el dinamismo económico, favoreciendo en cambio la adopción de actitudes más conformistas (Muñoz 2022, 16-17)¹⁹. De ahí que comenzara a reclamarse la necesidad de revitalizar los principios morales que conformaron la mentalidad capitalista, devolviendo el protagonismo a unos actores

¹⁸Bell, siguiendo la estela de Weber, atribuye a la ética protestante el origen de esas virtudes.

¹⁹El *Fordismo* fue el sistema de producción industrial en masa predominante durante gran parte del siglo XX.

económicos dispuestos a asumir riesgos y explorar nuevas formas de negocio (Fukuyama 1992, 420-422; Phelps 2017, 420 ss.).

En la sociedad se fue adquiriendo conciencia de que la actividad económica no es ajena ni a los valores morales que pueden fortalecerla, ni a las responsabilidades que conlleva. Las propias empresas, frente a una creciente erosión de la confianza, fueron asimilando la importancia de establecer unos patrones de actuación que respondieran adecuadamente a las expectativas sociales, pudiendo así transmitir confianza y reforzar su reputación (García Marzá 2004, 19-22, 152-160). De ahí que la economía se haya convertido en objeto privilegiado de reflexión para la ética contemporánea: partiendo de la *business ethics* originada en los años 70 en Norteamérica, fueron desarrollándose unas modalidades de ética aplicada a la acción institucional de las organizaciones y los diversos agentes económicos, atendiendo tanto a los principios y reglas que inspiran su funcionamiento, como a sus repercusiones sociales. Así, desde la ética de empresa, la ética económica o las éticas profesionales se pueden ofrecer unos criterios apropiados para evaluar y orientar la conducta económica y profesional desde una perspectiva moral (Cortina 1994, 32-33, 51, 86 ss.; García Marzá 2004, 33, 186-187; Conill 2004, 17 ss.; Muñoz 2021, 114-116)²⁰.

Gracias a la implantación de modelo más social de capitalismo se pudo alcanzar un notable equilibrio entre las demandas de eficiencia económica y de justicia social, entre la iniciativa empresarial y la estabilidad que encarna la ética del trabajo. Aunque este se vio comprometido cuando la evolución de la economía, en una dirección más competitiva, puso en evidencia las limitaciones del sistema productivo y económico establecido. La transformación reciente del capitalismo estaría revelando, también, un nuevo cambio en la constelación de valores en el que se apoya, promoviendo unos modelos de acción y de vida que suponen nuevos desafíos para el pensamiento moral.

5. La renovación de los valores y modelos humanos en el Nuevo Capitalismo.

La configuración actual del capitalismo responde a un significativo cambio de orientación en la dinámica económica y en la ordenación institucional, en favor de una liberalización y flexibilización de las relaciones económicas y laborales, a costa de la seguridad e integración previamente alcanzadas. El Nuevo

²⁰Así destaca la difusión de la Responsabilidad social corporativa (García Marzá 2004, 187).

Capitalismo supone un escenario complejo y exigente, en el que la globalización económica, el auge de las nuevas tecnologías o el peso adquirido por el sector financiero parecen reclamar formas novedosas de abordar la actividad profesional o empresarial, difundiendo unos valores y modelos de vida característicos. Boltanski y Chiapello percibieron la necesidad de un nuevo espíritu que respalde la reconstitución capitalista, concediendo legitimidad social al marco institucional emergente (2002, 59-61). Sin embargo, el desplazamiento de los principios de inclusión y justicia social en favor de una concepción más fluida e individualizada, encontrará inevitablemente dificultades y resistencias en su propósito de lograr una consolidación política y una amplia adhesión social, planteando notorios problemas de índole moral.

El proceso general de reordenación institucional tiende a atribuirse al predominio alcanzado por una ideología de signo neoliberal que, recelando de una excesiva regulación e intervención estatal en la economía, reclamaba que volviera a funcionar como un libre juego competitivo (Fukuyama 2022, 35 ss.)²¹. Las empresas, por su parte, fueron adquiriendo unas configuraciones más fluidas, descentralizadas e innovadoras, para adaptarse a las nuevas condiciones competenciales y a la diversificación de la demanda (Sennett 2000, 49 ss.; 2006, 41ss.; Muñoz 2021, 72-78). Pero, como resultado, las trayectorias profesionales de los trabajadores fueron alejándose del patrón que había representado la carrera laboral, para adoptar unas fisionomías más irregulares y discontinuas, conforme al imperativo de la flexibilidad (Muñoz 2022, 9-11). De este modo, se estaría propiciando una re-evaluación de la función del trabajo que conlleva, a su vez, la promoción de un nuevo *ethos*, portador de unos valores y actitudes que se ajustaran a las peculiaridades de la economía flexible.

La nueva economía comporta una transformación profunda de la actividad productiva, así como de los patrones de consumo, abriendo paso a modelos de negocio más dinámicos e innovadores -como representan las *start-up* o las plataformas digitales-, que están desplazando las modalidades tradicionales de empleo (Kenney y Zysman 2016, 61-62). Se configuraría así un entorno más estimulante para el emprendimiento, la iniciativa y la asunción de riesgos, promoviendo modos de relación más elásticos e informales, que aparentemente serían más favorables para la autonomía personal. Por ello, el trabajo independiente se revela como el modelo idiosincrásico de la era flexible, ya que evitaría la subordinación, o

²¹El empleo del concepto de neoliberalismo resulta problemático, debido a su vaguedad o a una carga ideológica peyorativa (Venogupal 2015). Por otro lado, no representaría una orientación política totalizadora, pues existen grados diversos de aplicación en la realidad.

la rutinización y previsibilidad atribuidas a las formas de empleo estable y permanente establecidas en el pasado, para conceder, mayor libertad, movilidad e iniciativa al trabajador (Sennett 2000, 49-58; Gill 2019; Nicoli y Palminteri 2019; Muñoz 2022, 12).

Sin embargo, la primacía de patrones de actividad eventuales, o incluso efímeros, situados en un horizonte cortoplacista, puede suponer una pérdida de consistencia de la concepción profesional del trabajo (Boltanski y Chiapello 2002, 541; Sennett 2012, 228; Muñoz 2022). La fragmentación de la trayectoria laboral erosiona los fundamentos de la ética profesional que había sostenido el desarrollo capitalista, comprometiendo la función vertebradora de la identidad personal que cumplía tradicionalmente el trabajo (Sennett 2000, 125-127; Muñoz 2021, 108-111). Se estaría suscitando así una devaluación del contenido ético propio de la noción de oficio, que implicaba la búsqueda de la excelencia en el desarrollo profesional, una dedicación continuada, o un aprendizaje acumulativo, apreciando el valor de la experiencia. Por contra, la nueva economía promovería una redefinición del mérito y la capacidad, alentando unas habilidades más elásticas y portátiles, que confluyen, según Sennett, en la ambigua idea del *talento potencial* (Sennett 2000, 111-116; Sennett 2003, 89-94; Muñoz 2021, 92-97). El trabajador debe así esforzarse por renovar constantemente sus competencias y conexiones para facilitar su inserción laboral, fortaleciendo su *empleabilidad* (Boltanski y Chiapello 2002, 166, 499 ss.).

Pero no se trataría de una mera renovación de los requisitos laborales, ya que el régimen institucional flexible estaría promoviendo la difusión de unas formas de conducta, actitudes y rasgos de personalidad que confluirían en un tipo de carácter distintivo, sirviéndose de una narrativa que exalta el desarrollo autónomo de la individualidad mediante la imagen idealizada del emprendimiento. Foucault (2007) advirtió, ya a finales de los años 70, que estaba implementándose una forma novedosa de configurar la subjetividad desde unas instancias de poder entregadas a una orientación neoliberal. Se trataría de una versión renovada del *homo economicus* que, a través de la teoría del capital humano, asimilaba las técnicas de la gestión empresarial a la dirección de la propia vida, optimizando el aprovechamiento de los recursos de que dispone un individuo, en forma de disposiciones, relaciones o capacidades, para lograr un rendimiento exitoso en una sociedad competitiva (Foucault 2007, 260-272; Sugarman 2015, 107; Muñoz 2023, 193-202).

El advenimiento del ideal humano neoliberal había hallado un clima cultural propicio, que alentaba las aspiraciones individualistas y unos propósitos de auto-realización que inevitablemente chocaban con el autoritarismo y rigidez de las organizaciones jerarquizadas, o con las restricciones moralistas de la sociedad burguesa (Bell 1981; Boltanski y Chiapello 2002, 245, 270, 527 ss.; Sennett 2000, 40 ss.)²². La nueva literatura gerencial, o ciertas corrientes de la literatura positiva, realizarían una función difusora de los valores asociados al emprendimiento, incitando a aprovechar los espacios de libertad generados por la flexibilización institucional, para experimentar formas de participación autónomas que resultarían más estimulantes para el desarrollo de la individualidad, fomentando la creatividad, la innovación y la conectividad social. De este modo, se estaría encauzando la formación de la personalidad conforme a los principios que guiarían la renovación del capitalismo (Boltanski y Chiapello 2002, 97 ss.; Sugarman 2015, Medina-Vicent, 2019). Para ello, se alentaría a los individuos a evitar el conformismo, la subordinación y la previsibilidad asociadas al anterior marco laboral, para adoptar una disposición abierta y pro-activa ante un entorno incierto y cambiante, mostrándose adaptables, versátiles, audaces, e incluso oportunistas (Boltanski y Chiapello 2002, 459 ss., 584; Snyder 2016, 8). Se trataría, así pues, de demostrar la capacidad para valerse por uno mismo, en lugar de beneficiarse de los soportes institucionales, procurando un despliegue más amplio de las cualidades personales (Sennett 2003, 109 ss.; Fukuyama 2022, 34).

Un aspecto representativo y peculiar de la fase actual del desarrollo capitalista sería, precisamente, la generalización del ideal del emprendimiento, convertido en modelo de comportamiento y de vida a seguir por los diversos participantes (Muñoz 2023, 203-209). Sin embargo, más allá de los problemas económicos, políticos o sociales que puede plantear la implantación de un modelo institucional flexible, siguiendo los principios de una ideología neoliberal, la asunción acrítica de los valores de la autogestión empresarial como patrón y canal para el desarrollo personal despierta un conjunto de inquietudes morales.

En primer lugar, la retórica auto-assertiva y experimental que enfatiza la diferenciación personal y una sociabilidad liviana, estaría más bien enmascarando una realidad laboral de precarización, acentuada por la competencia global y la transformación tecnológica, en la que las garantías se desvanecen y se resiente la calidad del empleo, para convertir a un individuo arduamente exigido en responsable único de sus resultados (Boltanski y Chiapello 2002, p. 541; Vallas y Prenner 2012, 343; Sugarman 2015, 104-107;

²²El anti-institucionalismo de la “Nueva izquierda” contribuyó a difundir las aspiraciones individuales de liberación (Boltanski y Chiapello 2002, 289; Sennett 2003, 258-263; Fukuyama 2022, 74).

Muñoz 2022, 14-15). Pero la inclusión económica de los agentes más vulnerables reclama un replanteamiento de los principios que rigen la competencia en los mercados, implementando mecanismos que potencien la reciprocidad (Calvo 2022).

Por otro lado, lejos de potenciar la libertad y la autonomía personal, la adopción social del modelo del emprendimiento compromete plenamente al individuo, reclamando su permanente disponibilidad (Boltanski y Chiapello 2002, 151, 353, 588 ss.). En consecuencia, tienden a difuminarse los contornos de la vida personal, entregada a la dinámica absorbente de la nueva economía, que entremezcla los procesos de formación, trabajo y consumo (Snyder 2016, 208-209; Gill 2019; Muñoz 2022, 18-19). La elaboración de la identidad personal acabaría por someterse así a los esquemas que rigen la competencia económica, asentándose en una comprensión superficial de la personalidad que no propicia una formación integral del carácter.

En definitiva, postular un modelo de individualidad que rehuye aquellos vínculos que impliquen algún tipo de dependencia o subordinación, para ensalzar la mera auto-suficiencia, supone una visión empobrecedora de la realidad humana, ya que para lograr un desarrollo pleno de la personalidad moral de los individuos resulta imprescindible potenciar sus capacidades sociales, fortaleciendo los vínculos de apoyo mutuo y la integración social (Fukuyama 2022, 58; Sennett 2003, 109 ss.; Muñoz 2021, 167-170; Calvo 2022). La autogestión empresarial representaría, por tanto, una concepción muy endeble de la autonomía personal, que renuncia a su potencial ético para formar una individualidad crítica y socialmente comprometida, para, en cambio, acabar facilitando que la lógica mercantil colonice todos los aspectos de la vida.

La evolución reciente del capitalismo implica un alejamiento de los principios que guiaron la ordenación institucional en pos de una mayor estabilidad e inclusión, generando, en cambio, un escenario más incierto y exigente. De ahí que provoque numerosas inquietudes y reacciones adversas; aunque habría que evitar, en todo caso, conformarse con una mera adhesión a situaciones pasadas para, más bien, tratar de elaborar interpretaciones políticas y morales ponderadas acerca de las posibilidades, riesgos y limitaciones que plantea el desarrollo económico en la actualidad, marcado por la conectividad, la flexibilización o la transformación tecnológica.

Así, no habría que desdeñar la función esencial que desempeña un espíritu emprendedor como impulsor del dinamismo económico, por lo que es importante fomentar socialmente valores como la iniciativa y la ambición personal, ya que un exceso de seguridad puede resultar paralizante, generando conformismo y pasividad. Sin embargo, no debieran tampoco idealizarse las posibilidades laborales y personales asociadas a la difusión social de un *ethos* emprendedor, pues en muchos casos puede servir para justificar situaciones en las que exista, de hecho, una marcada asimetría en las oportunidades y recursos, legitimando así la pervivencia de unas relaciones de poder que ahonden en la desigualdad y la inseguridad. Además, la iniciativa empresarial requiere del complemento de los valores asociados al trabajo, que sirvieron de soporte para el desarrollo capitalista, pero que hoy parecen difuminarse ante la pujanza de formas novedosas de actividad y de relación económicas.

Por todo ello, asumiendo los efectos dañinos para la cohesión social y para el sostenimiento de la vida personal, así como para la estabilidad de la propia economía, que puede llegar a ocasionar un modelo de capitalismo altamente desregulado, es preciso seguir reclamando que la ordenación institucional tenga presentes los principios de justicia e inclusión sociales. En definitiva, el desafío continua siendo, hoy en día, alcanzar un equilibrio adecuado entre las exigencias de eficiencia y de fomento del dinamismo económico, con la necesidad de contar con unas garantías y protecciones básicas para enfrentar las dificultades de la vida, así como con las legítimas demandas de un reparto más equitativo de las oportunidades y los bienes sociales.

6. Conclusiones.

El funcionamiento de un sistema económico, como el capitalista, requiere sin duda de unas condiciones materiales e institucionales favorables. Pero también del sustento que aportan unos determinados valores, que orientan el comportamiento de los diversos agentes.

Sin embargo, la extensión de una economía de mercado, aún más cuando adquiere la forma capitalista, tiende a provocar desajustes sociales y tensiones culturales, por lo que necesita adquirir, como percibieron Boltanski y Chiapello, un grado suficiente de adhesión social que garantice su implementación exitosa. La legitimidad de un modelo político o económico, en todo caso, y más allá del grado de eficiencia y consentimiento alcanzado, depende de su capacidad para ajustarse a unos principios de justicia que

puedan ser comúnmente compartidos y racionalmente admitidos. La actividad económica debe ajustarse, así pues, a unos determinados criterios éticos, atendiendo a las legítimas demandas de justicia.

El capitalismo se ha definido como una forma de economía dinámica y expansiva, cuyo impulso tiende a alterar las estructuras sociales y las pautas culturales establecidas. Los actores que intervienen activamente en los procesos de renovación económica revelarían así una actitud inconformista ante la realidad, embarcándose en proyectos empresariales, y asumiendo los riesgos que conllevan. De ahí que se haya identificado el contenido de la mentalidad capitalista con los valores ligados al emprendimiento, como la iniciativa, la ambición, o la creatividad. Pero la consolidación de los frutos que proporcionaba ese espíritu emprendedor fue procurada por las aportaciones de una ética del trabajo que orientaba la actividad económica hacia el largo plazo. El progreso económico y social se nutriría así de una adecuada compenetración entre principios y valores diversos, fomentando la innovación que anima la renovación constante sin alejarse de aquellos hábitos y normas institucionales que aporten mayor estabilidad y continuidad al sistema, propiciando una amplia inclusión social, de manera que el conjunto de la población puede sentirse partícipe de su funcionamiento y de sus beneficios.

Sin embargo, la prevalencia de una orientación marcadamente competitiva amenaza con generar desequilibrios e incrementar la exclusión, recortando las protecciones sociales y generalizando la incertidumbre. Ello podría provocar un cuestionamiento de la legitimidad del sistema, alcanzando a los fundamentos morales del capitalismo. De ahí la necesidad de establecer los mecanismos institucionales que promuevan la integración social. Pero más allá de la regulación jurídica o de la acción política, es preciso que la actividad económica se guíe por unos criterios éticos y sociales. Por ello, sería pertinente revisar los modelos de vida promovidos por el capitalismo flexible, pues se trataría de compaginar adecuadamente los valores asociados al emprendimiento, imprescindibles en una sociedad dinámica, con las legítimas aspiraciones de seguridad y estabilidad.

8. Fuentes bibliografía.

Albert, Michel. *Capitalismo contra capitalismo*. (Buenos Aires: Paidós. 1991).

Bell, Daniel. *Las contradicciones culturales del capitalismo*. (Madrid: Alianza. 1981).

Boltanski, Luc y Eve Chiapello. *El nuevo espíritu del capitalismo*. (Madrid: Akal. 2002).

- Bernstein, William. *Un intercambio espléndido*. (Barcelona: Ariel. 2010).
- Braudel, Ferdinand. *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII* (3 tomos). (Madrid: Alianza. 1984.)
- Calvo, Patrici. “Reciprocidad en Adam Smith: la cordialidad como mecanismo de inclusión económica”. *Revista de Filosofía* 79: (2022). 25-37.
- Carrier, James G. “Introduction” En *A Handbook of Economic Anthropology*, editado por James C. Carrier, 1-9. (Cheltenham: Edward Elgar. 2005).
- Castaño, José F. “Capitalismo y economía: a propósito de Ferdinand Braudel”. *Lecturas de economía* 28: (1989). 9-27.
- Clavero, Bartolomé. *Antídora. Antropología católica de economía moderna*. (Milan: Giuffrè. 1991).
- Conill, Jesús. “Marco ético-económico de la empresa moderna” En A. Cortina (dir.), *Ética de la empresa*, editado por Adela Cortina, 51-74. (Madrid: Trotta. 1994)
- Conill, Jesús *Horizontes de economía ética*. (Madrid: Tecnos. 2004).
- Cortina, Adela. *Ética de la empresa*. (Madrid: Trotta. 1994).
- Defoe, Daniel. *The Complete English Tradesman* (2 vol.). (London: C. Rivington. 1727).
- Dobb, Maurice. *Studies in the Development of Capitalism*. (London: Routledge and Kegan Paul Ltd. 1946).
- Dumont, Louis. *Ensayos sobre el individualismo: una perspectiva antropológica sobre la ideología moderna*. (Madrid: Alianza. 1987)
- Dumont, Louis. *Homo aequalis. Génesis y apogeo de la ideología económica*. (Madrid: Taurus. 1999).
- García Marzá, Domingo. *Ética empresarial: del diálogo a la confianza*. (Madrid: Trotta. 2004.)
- Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica; curso del Collège de France (1978-1979)*. (Madrid: F.C.E. 2007)
- Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. (Barcelona: Planeta. 1992.)
- Fukuyama, Francis. *El liberalismo y sus desencantados*. (Barcelona: Deusto. 2022)
- Giddens, Anthony. *El capitalismo y la moderna teoría social*. (Barcelona: Labor. 1992)
- Gill, Rosalind. “Cuando la propia vida es el campo laboral. Aspectos clave en la gestión de la vida en los empleos vinculados con las tecnologías digitales”. *Reverca* 24, núm. 1, (2019): 14-36.
- Goudy, Jack. *Capitalismo y modernidad: el gran debate*. (Madrid: Crítica. 2005)
- Hayek, Friedrich. *Camino de servidumbre*. (Madrid: Alianza. (1944) 2000)
- Hirschmann, Albert. *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*. (Madrid: Capitán Swing. (1977) 2014)
- Huizinga, Johan.. *Homo ludens*. (Madrid: Alianza. (1954) 2008).

- Kenney, Martin. y John Zysman. "The rise of the platform economy". *Issues in Science and Technology* 32, núm 3, (2016): 61-69.
- Knight, Franck. (1933) "Ética de la competencia". *Revista de economía institucional* 4, núm.7, (2002): 133-164.
- Le Goff, Jacques. *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*. (Madrid: Alianza. 2014)
- MacPherson, Crawford B. *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*. (Madrid: Trotta. 2015)
- Mandeville, Bernard. *La fábula de las abejas: los vicios privados hacen la prosperidad pública*. (Madrid: F.C.E. (1729) 1982)
- Marx, Karl. *El capital*. (Madrid: Alianza. (1873) 2010)
- Medina-Vicent, María. "La evolución del discurso de la gestión empresarial a través de la literatura gerencial. Hacia la constitución del sujeto neoliberal". *Signo y Pensamiento* 38, núm. 75. (2019).
- McCloskey, Deirdre. *Bourgeois dignity. Why economics can't explain the modern world*. (Chicago: University of Chicago Press. 2011)
- McCloskey, Dreidre. *Las virtudes burguesas. Ética para la era del comercio*. (México D.F.: F.C.E. 2015).
- Muñoz Miralles, A. "Repercusiones filosóficas de la crítica de Mashall Sahlins al arquetipo humano propugnado por la cosmovisión occidental". *Oxímora* 15: (2019): 95-115.
- Muñoz Miralles, A. Richard Sennett y los retos de la nueva economía. (Madrid: Ediciones Complutense. 2021).
- Muñoz Miralles, A. "Implicaciones personales de la reorganización del trabajo en el capitalismo contemporáneo. Un desafío para la ética". *Amauta* 20, núm. 40: (2022): 7-24.
- Muñoz Miralles, A. "La promoción de una individualidad emprendedora en el capitalismo flexible: un proyecto éticamente controvertido". *Revista de Filosofía* 80: (2023): 193-213.
- Nicoli, Massimiliano y Luca Palminteri.. "El tránsito del empresario de sí mismo a la *start-up* existencial en el marco de las transformaciones de la racionalidad neoliberal". *Recerca* 24, núm 1, (2019): 37-60.
- North, Douglass C. y Robert P. Thomas. *El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica (900-1700)*. (Madrid: Siglo XXI. 1978.)
- Novak, Michael. "El espíritu del capitalismo democrático". *Estudios Públicos* 11, (1983): 135-168.
- Novak, Michael. *La ética católica y el espíritu del capitalismo*. (Santiago de Chile: Centro de estudios públicos. 1995.)
- Novak, Michael. "A Philosophy of Economics". *University of St. Thomas Law Journal* 1, Núm. 2, (2004): 791-812.

- Pérez Franco, María Lilia. “La noción de “espíritu” en las sociologías de Werner Sombart y Max Weber”. *Sociológica* 59, (2005): 27-59.
- Phelps, Edmund. *Una prosperidad inaudita*. (Barcelona: RBA. 2017).
- Picchio, Antonella. “Needs and passions of human subsistence in the moral economy of the early 18th century”. *History of Economic Ideas* 3, (2003): 1-29.
- Piketty, Thomas. *Capital e ideología*. (Barcelona: Deusto. 2019).
- Pocock, John G.A. *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. (Madrid: Tecnos. 2008)
- Polanyi, Karl *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. (México: F.C.E. (1944) 2003).
- Pirenne, Henri. “The Stages in the Social History of Capitalism”. *The American Historian Review* 19, núm. 3, ((1914) 2010): 494-515.
- Pirenne, Henri *Historia económica y social de la Edad Media*. (México: F.C.E. (1933) 1975).
- Rieznik, Pablo. *Las formas del trabajo y la historia. Una introducción al estudio de la economía política*. (Buenos Aires: Biblos. 2007).
- Robertson, Hector. M. *Aspects of the Rise of Economic Individualism. A criticism of Max Weber and his school*. (Cambridge: Cambridge University Press. 1935.)
- Romero, José Luis. *Estudio de la mentalidad burguesa*. (Buenos Aires: Alianza. 1987).
- Schumpeter, Joseph. *Capitalismo, socialismo y democracia*. (Barcelona: Página Indómita. (1942) 2015)
- Sennett, Richard. *La corrosión del carácter*. (Barcelona: Anagrama. 2000).
- Sennett, Richard. *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. (Barcelona: Anagrama. 2003.)
- Sennett, Richard. *La cultura del nuevo capitalismo*. (Barcelona: Anagrama. 2006).
- Sennett, Richard y Jonathan Cobb. *The Hidden Injuries of Class*. (New York: Knopf. 1972.)
- Smith, Adam. *La riqueza de las naciones*. (Madrid: Alianza. (1776) 2016)
- Snyder, Benjamin. *The disrupted workplace. Time and the moral order of flexible capitalism*. (Nueva York: Oxford U.P. 2016.)
- Sombart, Werner. *El burgués*. (Madrid: Alianza. (1913) 1972).
- Sombart, Werner. *Lujo y capitalismo*. (Buenos Aires: G. Dávalos. (1958)
- Venogupal, Rajesh. “Neoliberalism as concept”. *Economy and Society* 44, núm 2, (2015): 165-187.
- Weber, Max *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. (Madrid: Alianza. (1905) 2001).